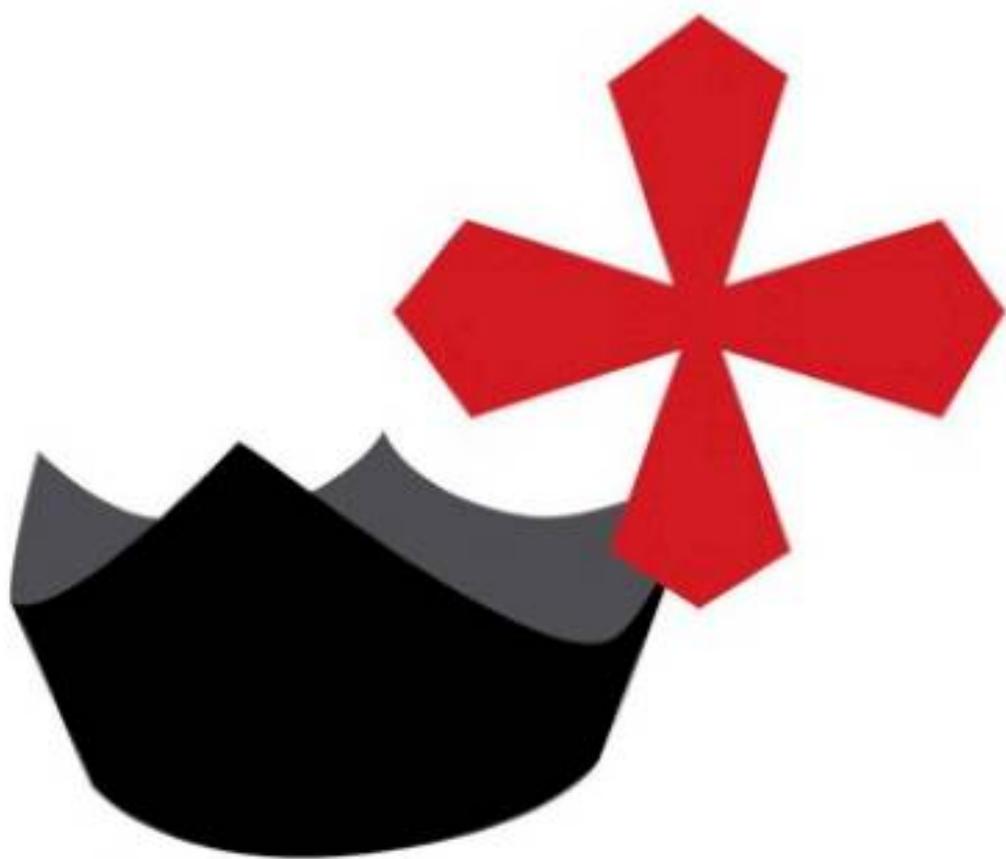


El predicador

JAN HERCA



Jan Herca

EL PREDICADOR

(MISIÓN EN EL LANGUEDOC)

Título: El predicador (Misión en el Languedoc)

Texto: © Jan Herca

Diseño cubierta: Esther Maré

ISBN: 978-84-616-4619-7

www.sb-ebooks.com

Created in the European Union.

Reservados los derechos de edición en lengua castellana para todo el mundo. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Fernando Abril

No existen los reinos.

El único gobierno de la Tierra, es invisible.

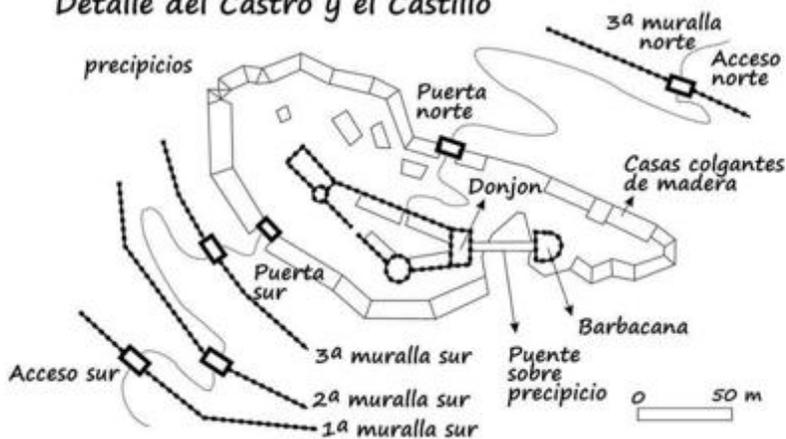
No paséis por alto el valor de vuestra herencia espiritual, el río de verdad que fluye a través de los siglos, incluso hasta la época estéril de una era materialista y laica. En todos vuestros esfuerzos meritorios por desembarazaros de los credos supersticiosos de las épocas pasadas, aseguraos de conservar firmemente la verdad eterna. ¡Pero tened paciencia! Cuando la sublevación actual contra la superstición haya terminado, las verdades del evangelio de Jesús sobrevivirán gloriosamente para iluminar un camino nuevo y mejor.

Mantutia

Mapas

MONTSÉGUR s. XIII

Detalle del Castro y el Castillo



Plano general



Año 1204

El sol poniéndose tras las montañas de los Dinárides anunciaba otra tétrica noche. Milo apretó el paso detrás de Rémy. Le asustaba la idea de quedarse allí solo, perdido en la espesura de aquellos frondosos pinares de la península de los Balcanes. La presencia de su maestro le hacía ganar confianza y seguridad.

No habían dejado de caminar sin descanso todo el día. Rémy estaba extrañamente sombrío y hablaba poco. A la pregunta de Milo sobre cuál sería su próximo destino, el anciano sólo había dicho: "Al Languedoc", y le había dado escasas referencias ante la ignorancia de Milo. "¿Languedoc? ¿Dónde diantres estaba aquello?". La indicación a Occitania, más allá de la Provenza, en el sur de Francia, tampoco eran suficientes para un joven adolescente que había pasado toda su vida en una sencilla granja serbia. Pero sí estaba clara una cosa: sería un largo viaje.

Milo observaba a su señor con curiosidad. Rémy era un ser extraño. Su rostro anciano, sus largos cabellos canosos, sus envejecidas cejas y sus callosas manos podían hacerle parecer un viejo achacoso. Pero, cosa inusual, carecía de vello y de barba, y aquello parecía darle un aspecto más joven. Su andar era resuelto y sus piernas, firmes y atléticas, atacaban los caminos y las rocosas pendientes con gran determinación. Llevaba el pelo plateado recogido en ocasiones en una abultada coleta, y vestía un sencillo sayal de ri-

guroso negro, roído por el paso de los años. Su calzado, unas gastadas botas de piel, parecían cómodas y ligeras. Para protegerse de la lluvia, el sayal contaba con una generosa capucha, que al cubrirle, le escondía las facciones por completo. Por todo equipaje, Rémy contaba con una bolsa de piel que cruzaba por su pecho en bandolera, y un bastón largo y resistente, hecho con una curiosa madera de color claro, del que no se separaba ni un minuto, y que en realidad era una flauta con la que Rémy se relajaba componiendo dulces melodías.

Milo tenía sólo trece años, pero aparentaba cinco más. Era bien alto, moreno de ojos claros, y fuerte como un adulto. La dura vida de trabajo en la granja de sus padres le había curtido y había borrado de él todo rastro de inocencia infantil. No hubiera podido sobrevivir de otro modo, pues él y los suyos siempre habían vivido rodeados de la incomprensión y el recelo. Su familia siempre había estado a favor de varios grupos de renovadores cristianos que habían atravesado la península balcánica en los últimos siglos predicando una nueva fe: los paulicianos, los bogomilos, y los patarinos.

Creyeron, durante todo ese tiempo, que estaban a salvo en Serbia, a pesar de las muestras de odio. Pero finalmente ocurrió la desgracia. Tropas de Vukan Nemanjić, el gran župán de Serbia, fueron enviadas para congraciarse con el Papa y exterminar la herejía de aquellas tierras. Cuando el destacamento invadió la granja, Milo tuvo el tiempo justo de esconderse en la letrina, el agujero donde acumulaban las heces. Después pudo ver a su padre, advirtiéndole que guardara silencio y no saliera de allí pasara lo que pasase. Luego asistió aterrado a la escena de su muerte. Con un tajo seco, y sin mediar palabra, uno de los esbirros de Vukan segó la cabeza del padre de Milo. Su madre y sus tres hermanas salieron gritando y sollozando, pero sus lamentos duraron poco. Varias lanzas y espadas se ensartaron en las pobrecillas, que prorrumpieron en un salvaje alido de dolor. Milo tuvo que taparse la boca para contener

su llanto y cerrar los ojos para tratar de borrar de su mente el rictus de desesperación del rostro de las mujeres.

Los soldados se divertieron un rato encendiendo una hoguera y quemando los cuerpos. El fuego era necesario para limpiar la herejía. Solo así se hacía desaparecer el pecado. Sólo así moría definitivamente el alma diabólica del hereje y ya no había peligro de ser seducido por ella. La cabeza del padre de Milo fue pinchada sobre una estaca en el montón de cuerpos carbonizados. Y Milo todavía tuvo que soportar a uno de aquellos bestias haciendo sus necesidades encima de él. Por suerte, el soldado no se dignó a mirar en el retrete. ¡Con qué ganas hubiera clavado Milo un palo por cierto sitio a ese malnacido! Pero sabía que eso sólo le hubiera acarreado una muerte segura...

Rémy, amigo de la familia, pasó por casualidad, o más bien a propósito, varios días después, y se encontró el dantesco espectáculo. Descubrió a Milo en el fondo de la letrina. Llevaba varios días exangüe, sin comer ni beber, hundido en la suciedad y el lodo de la fosa séptica. El último soldado de Vukan que la había usado, cerró la tapadera después, y la selló, dejando a Milo allí, sin saberlo, condenado. Cuando Rémy le intentó rescatar, el muchacho se defendió, presa del miedo, y cayó desmayado.

Desde entonces, Rémy se portó con él como si fuera un padre. Le limpió, le dio de comer, y le mantuvo varias noches en cama, mientras él se encargaba de dar honrosa sepultura a su familia y de entonar un silencioso canto en su recuerdo, en una lengua extraña que Milo no reconoció. El muchacho estaba alterado y no hacía más que mortificarse con el recuerdo de sus hermanas repitiéndose "que no había hecho nada por salvarlas y se había comportado como un cobarde". Pero Rémy trató de consolarle diciéndole que él no habría podido hacer nada. Y todas las mañanas, el anciano le despertaba entonando una melodiosa canción con su flauta, hecha a base de melancólicas notas en recuerdo por los amigos perdidos, con la que el chiquillo sintió aquietarse un poco.

Pasaron varias semanas, y Rémy no parecía tener prisa por irse. Al contrario, se tomó la obligación de cuidar de Milo como de un hijo, y juntos continuaron dando vida a la granja. Pero un día, Rémy le contó a Milo sus verdaderas intenciones. Le habló con franqueza, aunque de forma un tanto críptica y oscura. Le dijo que él, en realidad, era alguien con una misión especial en el mundo, y que estaba planeando dejar aquel país y marchar a otras tierras, lugares donde ya había estado anteriormente. Entonces le propuso a Milo que fuera con él.

—Tú serás mi aprendiz. Yo te enseñaré algunas cosas que ningún hombre ha soñado con saber, y a cambio, tú aprenderás de mí y te mantendrás a mi lado como mi fiel discípulo —le dijo Rémy—. ¿Estarías dispuesto a seguirme?

Milo no sabía qué otra opción le quedaba. No tenía otros parientes cercanos, y él solo no podía hacerse cargo de la granja. Así pues, accedió.



—¡Vamos! No te retrases...

La voz de Rémy sacó a Milo de sus recuerdos. El sol languidecía por el horizonte, y los vetustos árboles se oscurecían con rapidez. Las copas se agitaban, opacas y silbantes, transportando los siniestros ruidos de la noche. El muchacho aceleró el paso, y se situó a espaldas de su maestro, tembloroso. Para hacer más llevadero el fantasmal silencio, canturreó un poco una cancioncilla. Pero sólo un minuto después, la mano firme de Rémy se tendió sobre su boca, pidiéndole que callara.

—¿Qué ocurre?

—Sssh...

Rémy estaba serio. Su mano se había tensado aún más. Miraba hacia el suelo y movía la cabeza ligeramente hacia los lados, escuchando. El chiquillo contempló el bosque, y luego aguzó el oído. Pero no se oía nada. ¿A qué aquel suspense? Pronto lo comprendió, porque empezó a advertir algo. Alguien circulaba por el sendero que transitaban, como cien o doscientos pasos más allá. Sonaban ruidos de cascos.

Casi no había tiempo. ¡Estaban prácticamente encima! Rémy tiró de Milo hacia la espesura y se pusieron detrás de un tronco grueso, agazapados en contra de la dirección de las voces.

¡Eran soldados! Tropas regulares del Sacro Imperio alemán. Hombres curtidos en las largas batallas de las últimas cruzadas en Tierra Santa. Hombres de la peor catadura, muchos de ellos descontentos por el escaso botín y las derrotas. Venían de saquear deshonrosamente Constantinopla sin apenas haber logrado capturar nada. Era mejor no toparse con ellos.

Cabalgaban en silencio, a paso lento y pesado. No eran muchos. Seguramente un señor de poca monta y sus caballeros que regresaban a sus posesiones. Por lo que pudieron ver, su escudo de armas eran tres leones rampantes sobre un fondo amarillo, pero eso no les dijo nada. Rémy puso un dedo sobre sus labios, con una mirada de desconfianza. Milo se agachó aún más.

Pasaron los caballos con pesado ruido bajo la tintineante cantinela de los escudos y las alabardas, que entrechocaban entre sí. Rémy contó quince, cinco de ellos, los escuderos, con una mula atada a su caballo, todas hundidas bajo el peso de diversos bártulos. A Milo le consumía la curiosidad. Rémy le fue obligando a moverse, con cuidado, rodeando el tronco a medida que la tropa se desplazaba a su altura. Iban ya a pasar de largo, pero Milo se asomó ligeramente. Quería verles. Y entonces ocurrió. Una rama seca chascó sonoramente bajo sus pies. Y uno de los últimos ca-

balleros se giró, lo suficiente para ver al fugaz muchacho, ocultándose de nuevo tras la espalda de Rémy.

—¡Eh, quién va?

Rémy se giró en redondo, con profundo gesto de fastidio. Y fulminó con la mirada a Milo, que se dispuso a correr presa del pánico. Pero el anciano le contuvo, aferrándole con fuerza por el brazo. Por unos instantes, el viejo dudó qué hacer.

—¡Salid a la luz!

Los caballeros se habían detenido y varias espadas chillaron al ser desenvainadas. La voz del caballero sonaba a latín mal chapurreado, pero comprensible.

Rémy tironeó de Milo y se mostraron a la patrulla.

—¡Vaya, vaya! Mirad qué tenemos aquí... —sonrió sarcásticamente uno de ellos.

El tono no había sonado muy bien.

—¡Responded! ¿Qué hacíais ahí escondidos?

Rémy susurró por lo bajo al muchacho que no dijera nada y estuviera quieto.

—Disculpen nuestro sigilo, señores. Se habla de extraños jinetes que atacan sin clemencia a los viajeros y les roban. Pero ya vemos que sois nobles, por suerte, y que seguro que sois hombres de honorables intenciones...

—¡Callad ya, viejo!

La voz chillona del caballero más abrigado sonó ruda y cortante. Era un hombre robusto, de tez pálida y cabellera rubia, con una cuidada barba que escondía unos abultados carrillos. Su casco acabado en un ligero penacho de plumas le conferían cierta distinción, ahí subido en su montura, desde donde miraba con ojos altivos. Murmuró algo a uno que tenía cerca sobre el aspecto de los dos caminantes, y pudo oírsele: "Estos son dos predicadores herejes, no hay más que ver su ropa".

Milo se miró. ¿Qué tenía de particular su ropa? Entonces cayó en la cuenta de que ambos vestían de riguroso negro. Rémy llevaba su hábito oscuro, y él estaba de luto. ¿Tenía eso algo que ver?

—¡Dadnos vuestras bolsas e iros!

Milo se quitó el fardo instintivamente, pero Rémy le retuvo con el brazo. “No te muevas”, volvió a insistir el anciano. Y el muchacho se quedó perplejo mientras le veía apostarse firme frente a la soldadesca, apretando fuerte su bastón-flauta. Aquella actitud del anciano enfureció aún más al cruzado.

—¡Malditos goliardos bujarrones! ¡Ahora vais a saber lo que es bueno!

El caballero descendió de su montura, dejando las riendas del caballo a cargo del escudero. Varios caballeros más le imitaron, y se acercaron a Rémy y al chico.

El jefe extendió su espada hasta acercar la punta a sólo un brazo de distancia de la cara de Rémy. Pero éste ni se inmutó.

—Nadie desobedece las órdenes de un Staufer.

El hombretón miraba desconfiado a Rémy. Sus muchos combates en las cruzadas le habían hecho ganar una apreciable cautela. Milo estaba atenazado por el pánico. Si no huían, podían darse por muertos. Pero, entonces, ¿por qué aquella calma del vejstorio?

La espada se acercó un poco más. Aquel noble grandullón con acento alemán era un perro viejo. Le bastaría un paso más y les sorprendería con un tajo rápido. Continuó hablando para seguir distrayendo la atención de sus víctimas.

—¿Qué llevas en esa bolsa que tanto merece que arriesgues tu vida, anciano?

Pero casi no terminó la pregunta. Fue todo muy rápido. El alemán lanzó su cuerpo hacia adelante para clavar su espada en el cuello de Rémy. Entonces sonó un zumbido y las